

Adiós idioma, *bye bye* identidad nacional

Alfredo Acle Tomasini©

En ropa *casual* (¿cuál, la primera que encontraron?), el gabinete discutió la posibilidad de aprobar en *fast track* (¿vía rápida? ¿qué es avenida?) los suicidios *asistidos* (¿Qué no es normal que quien comete un suicidio esté presente cuando eso ocurre?). Para ello se preparó un *briefing* (Antes se decía reporte), que se envió por *imeil* (?) al Secretario de Salud, quien después lo *forwardó* (¡Vaya verbo!) a los demás secretarios, aunque por problemas técnicos, a algunos hubo que *facseárcelo* (Órale).

En él se consideran las conclusiones del último *chat* (Charla sólo tiene dos letras más, ¿por qué nos da flojera usarla?) que se hizo en el *sait* (¿en dónde?) de la Presidencia y el análisis del *performance* (los “nacós” usarían la palabra desempeño) del gobierno. Además se hizo un *assessment* (Para el vulgo, léase como evaluación) del *link* (esto es más refinado que decir vínculo, ¿No cree?) entre el *rating* (Que pereza, sería decir porcentaje de audiencia) del programa de radio semanal y la popularidad del presidente, cuyo resumen se entregó en un *cidi* (ya hasta deletreamos en inglés. ¡Que aplicados!), para que después se le diera a éste *feedback* sobre su participación (Algunos traducen esta palabra como retroalimentación. Pero más vale no pensar mucho en su origen y menos le recomiendo que la imagine).

Que bueno que todo esto es inventado. ¿Se imagina si fuera cierto?. Pero lo que sí es verdad, es que poco a poco, sin sentirlo y, peor aún, sin impedirlo, vamos perdiendo nuestra lengua. Así, entre la pereza mental y la arrogancia de quién supone que el uso del inglés le coloca en un peldaño superior, nuestro lenguaje del diario es hoy día, una mezcla de idiomas y significados, donde ya ni siquiera nos percatamos de las sandeces que somos capaces de decir.

Nuestro idioma más que aprenderlo, lo mamamos. Nos viene de nuestros padres. Y de la palabra padre se desprende el origen de la palabra patria. Por eso nuestra lengua es la expresión más evidente de nuestra cultura y por ello nos vincula por siempre con la tierra donde nacimos, dándonos un sentido de identidad y pertenencia.

Pero, las palabras no son sólo representan ideas, también expresan sentimientos y valores. La riqueza del idioma está en la posibilidad de describir todo el arco iris de los sentimientos del hombre y la profundidad de su mente.

Y en ese sentido el español es un idioma hartito rico. Basta ver en cualquier diccionario bilingüe, que la sección en castellano siempre es mayor a la de inglés. En este idioma, sobran las palabras equívocas. Una sola puede significar muchas cosas. Por ejemplo, la palabra *light* puede significar: luz, ligero, cerillo o encender. Por contra, en nuestra lengua, ninguna de estas cuatro palabras podría ser sinónima de las otras.

Es la inevitable consecuencia de la globalización – dirán algunos. Falso, los países que han experimentado procesos de integración económica no han transformado su lenguaje. Más aún, algunas comunidades como: la Corsa en Francia, la Galesa en Gran Bretaña o la Catalana en España, han preservado su idioma, no obstante su integración política a esos países.

Para México, lo grave es que la transformación de nuestro idioma y costumbres señalan, por una parte, un proceso de colonización cultural, a través del cual se impone, no la cultura superior, sino la económicamente más fuerte y, por la otra, evidencia a una clase media y alta ávida de los valores extranjeros, que al conjuntar un conocimiento precario del español y del inglés, terminan hablando un lenguaje champurrado.

Curiosamente y aun cuando la Ley General de Educación obliga al Estado a “Promover, mediante la enseñanza de la lengua nacional - el español -, un idioma común para todos los mexicanos, sin menoscabo de proteger y promover el desarrollo de las lenguas indígenas”, en la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal no corresponde a ninguna secretaría la defensa del idioma español y, menos aún la preservación de nuestra identidad y valores culturales.

Los mexicanos somos duales con nuestra identidad, cultura y valores nacionales; decimos sentirnos orgullosos de ellos, pero no los preservamos; decimos que enriquecen al mundo, pero aquí, en casa, nos dejamos pasivamente asimilar a otra cultura, perdiendo tradiciones y adoptando otras que ni siquiera entendemos; decimos defender nuestra soberanía y mientras perdemos nuestra lengua; nos dicen adiós y contestamos bye bye.